



Señor,

Incluyo á V. M. copia de una carta que
 escribí hoy á Carmona. Espero que sirva de
 alguna utilidad á V. M. - Esto me ha costado
 venir hasta mano de las dos mi partici-
 da. - No se de V. M. por entendido ni en
 el mismo de este punto. Conviene que V. M.
 sepa las cosas, y que nadie sepa que las
 sabe.

No olvide V. M. mi consejo sobre los fusos
 y congadros. Es posible que sea un rumor
 destituido de fundamentos; pero por si
 lo fuere, tengo V. M. presente que en caso
 de una revolución que comencen á des-
 ribe aquí el trono, de las provincias, con-
 congadros partirá la restauración, y
 allí tendrán V. M. y sus augustos
 hijos el mas seguro y lastosilo.

Dios guarde á V. M. y á su
 Familia de todos peligros, y haga que

MSS. N. XIX
tengan fe en los avisos de su
nos amante, leal y agrade-
cido súbdito.

Madrid 5 de Diciembre de 1865

Señora
A. L. R. P. de V. M.

Henriette Garnier
de Luverdo.

Madrid 5 de Diciembre de 1865.

Mi querido Antonio. La carta que te escribo
 hoy es triste y grave, como lo demuestran
 las circunstancias que atraviesan nuestra
 patria. Pueden hallarse en ella algunas
 apreciaciones justas y acaso algunas ideas
 útiles; pero cuando así no fuese, al me-
 nos, no dudaría de que lo he escrito, lo
 tengo en mi corazón de los más nob-
 les sentimientos que honran la huma-
 nidad: el amor de la patria y la lealtad
 al soberano. Cuto en materia.

Vino al poder la Union liberal llamada
 por el tronco en circunstancias difíciles:
 impuro á los Reinos penosos sacrificios,
 entre los cuales citaré solo, porque basta
 á mi propósito, el reconocimiento de
 Gtatis. No digo ni su conveniencia
 ni su oportunidad: hayo mas: reconozco
 que era una necesidad política, mas
 ó menos apremiante; pero era y debia
 ser penoso para el M. quien, ni podría

demudar de sus afectos de razón ni re-
negar de sus ideas religiosas ni pres-
cindir de los sentimientos de toda con-
zon hidalgo, porque es forzoso confesar
que la grande y bella obra de la uni-
dad italiana se ha llevado á cabo con
bastardos medios.

Hizo, sin embargo, aquel sacrificio, por
creerlo conveniente: hizo otros muchos
por la misma razón — ¿Qué más puede
pedir á un soberano constitucional un
gobierno que tenga conciencia de su fuer-
za? — No basta que se haga lo que es de-
bido ó conveniente, ó es también necesario
que el Príncipe mude de conciencia con
cada Gabinete?

Esto lo digo por los rumores que propalan
ciertos partidarios del gobierno — dice máxi-
mamente sueños, de sonadas, cuanto impo-
sibles reacciones — de influencias que no
existen ó cuya importancia es nula & c.
¿Qué objeto se propone el gobierno ^{entender} teniendo
á los opusiones y á la revolución que surge
á nuestras puertas, que no tiene fe en su

propia fuerza ni en la confianza de la
Corona. ¿Qué interés puede tener en per-
petuar la desconfianza del país, como
primera de la crisis económica que otros
veramos?

Interés de la Reina y de la patria es que
este gobierno dure, no solo porque es el mejor
posible en las actuales circunstancias, sino
porque el mas malo, durante serian bueno,
puesto que el mayor mal de nuestro país
es la inestabilidad fabulosa que en el reinu
y en la cual donos, casi superiores a las
Repúblicas Sur-americanas. — S. M. tiene
gran confianza en el Sr. O'Donnell:
tiene ademas, por el aspecto personal, ¿por-
que habria de querer varios de gobiernos
si el actual sirve bien a la patria? ¿Qué
intentan los populadores, de tan abun-
dos como peligrosos horis copos, de lo por-
venir? ¿Por ventura creen que hai
algun hombre o algun gobierno fatal-
mente necesario al Trono? ¿Suponen
que haya quien le dé sombra, cuando
el es el cudo y amparo de todos los buenos?

Tres veces, dicho el jefe de partidos o de
gobiernos que así lo comprenda, porque
esto llamado a constituir solidamente
el país, coronando al mismo tiempo
de gloria su nombre. El trono ruina,
nuestro a nuestra imprevisión, a
nuestros discordias intestinas y a la falta
de patriotismo que desgraciadamente
venia, bambolear y hasta caer; pero
lo levantará de nuevo la nación entera,
como nuestros ilustres antepasados al-
zaron en sus países, a Pelayo en Co-
radouga. — No tener fe en esto es entre-
garse en los brazos de la más cobarda
cobardía — dejar ante el bastardo empu-
je de una revolución que no tiene ra-
zon de ser en nuestro país, ser la
más vergonzosa ignominia que
registra la historia.

Pero para combatir con éxito así
contra el más ruin enemigo hay
que tener confianza en el propio
efuerzo. Sé que te sobra a ti y por
eso te escribo; pero falta entre los

2

sostenedores de la actual situación, y lo
que es más, en el seno mismo del
Gobierno. Parto, pues, con lo dicho. No
puede ser duradera una situación cuyos
mantenedores mismos la desarreditan
y más, dando lugar al trono y al país
esas desconfianzas, y los rumores que
los más desafortunados ataques de la
demagogia.

Me siento muy triste y oprimido
después de haberte dicho mis angustias.
Será presentísimo de que este ocaso
puro sirva de algo á lo que yo más
amo en el mundo — la patria y la
Reina. — Tú tienes inteligencia y con-
fianza en ti, como yo, leal á nuestro augus-
to Soberano, y tu situación en el
Gobierno dará autoridad á tu elocuente
te palabra. — Si, pues, creyeres, que
tengo razón en mis apreciaciones, y
en mis temores, llámame á atender
de tus compañeros sobre estos peli-
gros.
Solo me resta decirte que este car-

ta es un acto absolutamente mío,
sin que tenga parte en él perso-
na alguna.

Contra toda mi voluntad me voy;
pero si surge la tempestad revolucio-
naria que será el último en acudir
al peligro.

Dios os dé acierto y fortuna, y no
olvidéis que es mi único amigo to-
do el mundo.

J. Herbet.